



De lejos y a mi alrededor
Sugerencias y otras cositas
Carlos Caco Ceballos Silva

RIMAVERA, 1993.- Era el primer 15 de septiembre que pasaría de Presidente Municipal y era la primera vez que desde el balcón central se dirigía al pueblo. Sonaron las 11 y nuestro buen amigo y simpático Chon, se presentó rodeado de su secretario y de todo el Cabildo, y cuenta mi estimado yerno que en un momento dado el señor Presidente, al arengar, exclamó “Viva don Miguel Hidalgo...”, y fue entonces cuando su secretario Lupito le dijo al oído: “y Costilla”, y posiblemente Chon, nervioso por el momento, entendió mal y agregó: “y su señora esposa”. Una minoría se sonrió, pero la gran mayoría aplaudió con énfasis y entusiasmo la bonita y especial arenga del novel Presidente Municipal de Tecmán.

A finales de la década de los treinta, mi papá Enrique y yo abordamos el tren nocturno que pasaba por Colima alrededor de las 23:00 horas. Llegamos a Guadalajara aproximadamente a las 6 de la mañana y nos trasladamos al Hotel Fenix, que por aquel entonces era el pri-

mero en calidad, ublicación y atenciones. Nos dieron una habitación, nos aseamos y salimos, él iba a conseguir los abotantes que cedió para que se instalaran en la calle

Madero y yo a comprar cosas para el hotel de Cuyutlán, saludar a mis amigos y visitar en compañía de ellos a nuestras “amiguitas”. Quedamos de vernos a las 8 de la noche, para de ahí encaminarnos de regreso el tren que, aunque salía a las 11 de la noche, podíamos abordar el Pullman desde las 8.

Pintura de Édvard Munch.



Cuando llegué al hotel vi a mi papá discutiendo en la administración y me acerqué, dándome cuenta que el administrador nos cobraba 2 días, a pesar de haber llegado a las 6 de la mañana y salir a las 8 de la noche del mismo día, pues argumentaba que en el reglamento decía que los días se terminaban a la 1 de la tarde, por lo que basado en eso argumentaba: Ustedes a la una de la tarde cumplieron un día y a las 8 de la noche ya tenían otro día. Y aunque ambas partes tenían razón, ninguno cedía y la discusión se fue haciendo acalorada, hasta que uno de los muchos oyentes que estaban alrededor del mostrador “metió su cuchara”, diciendo: “Tanto el señor como usted, el empleado, tienen la razón, pero como el señor ni siquiera se acostó a dormir la siesta ni hubo cambio de sábanas, aquí debe reinar el criterio y el criterio en este caso es que el señor debería pagar sólo medio día”. Y ya con esta exposición que la tomó todo mundo con una carcajada, el Hotel Fenix extendió el recibo por sólo un día.

Hace unos años, nuestro buen amigo Hilario Cárdenas

Jiménez se escandalizó ante las muestras de amor de unos perros que seguían a una perrita en celo, precisamente a la salida de misa de El Beaterío, donde él acababa de confesar; escandalizado me platiqué. Todo esto ya lo escribí en uno de mis sencillos artículos, allá por los años 80, y ahora aprovecho el espacio para sugerir que nuestras autoridades instalaran una casa de “citas” para perros, donde habría siempre “madames” ligadas, para evitar la terrible demografía, y estoy seguro que muchos de nosotros llevaríamos a nuestros hermosos “chuchos” a ese centro que reuniría moralidad, higiene y que darían buenos ingresos para obras sociales. Desde luego podría instalarse un local contiguo para gatos y gatas, desde luego de cuatro patas, y en esta forma también se evitarían los maullidos que tanto peyudican a los que padecen de insomnio y la quebrazón de tejas en los arrebatos amorosos.

Como hay personas que creen que por mi edad sé de todo, me han preguntado que si es

verdad que “espantan” en Palacio. Yo les he contestado que no lo sé, y ellos agregan que posiblemente si sea cierto, que se aparecen todos los gobernadores ya “idos”, y que esa es la razón por la que los actuales gobernantes ya no trabajan por las noches ahí, evitándose con eso “los sustos” que sentirían cuando vean a los “desaparecidos”.

En las pasadas elecciones yo fui uno de los miles de “rasturados” del PRI, pues nunca me llegó la credencial de elector, cosa que me causó pena, dolor y vergüenza, pues por espacio de sesenta

años siempre tuve confianza en que cada vez, el “voto” ahora si lo tomarían en cuenta, cosa que nunca sucedió. Ahora nuevamente han renacido mis esperanzas, ya me retraté y ya tengo en mi poder la nueva credencial con mi retrato, pero noto que en el lugar donde dice distrito, no dice primer distrito de Colima, y en mi ignorancia de las manipulaciones políticas yo me pregunto que a lo mejor esto servirá para votar en el Distrito Federal, o para hacerlo en cualquier distrito de nuestro querido país, según lo ordenen los “pastores” que ordinaria y desgraciadamente no respetan a los que no piensan como ellos.

Y como todo tiene su fin, estos sencillos e ingenuos relatos dicen hasta luego y, si me quedan ánimos, hasta el próximo domingo. Gracias.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Reina de corazones, Willem de Kooning.



Otoño

Grace Licea

Madame, madame Bovary
Estoy vestida de azul
Ya el otoño hace vibrar
Al cristal de la ventana
Y entran por los resquicios
Las hojas del maple
Debo pagar, debo pagar
Los acreedores me buscan
Tengo en la mano un frasco
Tiemblo, frías las manos
La carroza pasó frente a la puerta
Iba él, era él
Madame, beberé este elixir añil
Beberé la noche, antes del silencio.



La ley
del hielo
(17 de noviembre de 1957)

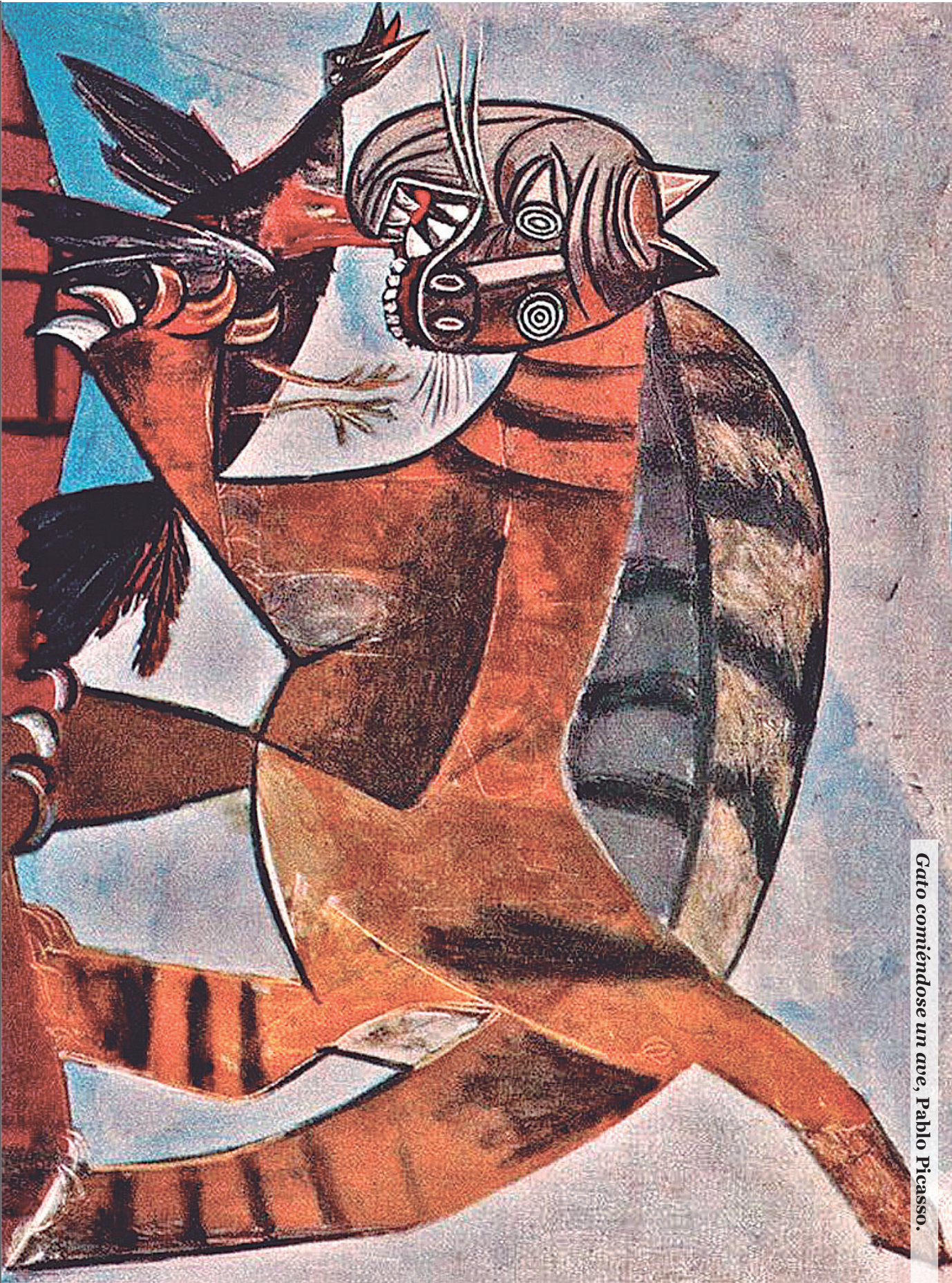
PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA
AGORA



VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2519

DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 2018



Gato comiéndose un ave, Pablo Picasso.

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA

Imágenes: Fotos de Archivo.

Correo: diarioagora@hotmail.com

COORDINADORA: ÉRICKA MARGARITA TREJO

ESCRIBEN: Ma. del Carmen Zamora Chávez, ganadora del primer lugar del Premio Estatal de Viñetas
Manuel Sánchez Silva 2018; Jaime Obispo, Verónica Zamora, Luis Enrique Araoz, Grace Licea,
Miguel Ángel León, Alberto Llanes y Carlos Caco Ceballos.

El Escorpión: tiempo de héroes

Ma. del Carmen Zamora Chávez

*Adulentes fortuna inuit
(Eneida, X, 284)*

“¡CORRE, papá Tebo! ¡Agárrate lo que puedas en una bolsa porque ya nos vamos!”. Llego gritando Coty a la casa de su padre, quien casi siempre pasaba las mañanas saturadas de brisa en una mecedora vieja y rechinona que crujía con cada vaivén.

Tenia años jubilado de Peña Colorada y ya, a sus casi siete décadas de vida, nomás se dedicaba a oír la XERL en un Caso diminuto que unos fayqueros amigos habían conseguido de los Estados Unidos.

Coty entró como un vendaval accidentado; a su paso alborotó a los periquitos australianos de mamá Loya y a Nene, el perrito de más de 10 años de edad que sabía decir *agua, papadTebo, adondeuschiquitita y puto*. Las señoritas González, las vecinas de la esquina que vivían de tejer carpetas de encaje y flores de almidón, se santiguaban siempre que pasaban frente a Nene cuando con su meliflua voz pintaba el aire sus flores del lenguaje, todavía más bonitas que las que hacían las González. Grosero, eres un grosero, le decía mamá Loya y corría a castigarlo tapando su jaula con una sábana vieja; él sólo se defendía con un *adondeuschiquitita*. Al oír el *Oldsmobile* frenar frente a la casa de pórtico de madera, la matrona saltó a su encuentro limpiándose nerviosa las semillas de las manos con una franla roja deslitchada. Todo oía a pasilla tatemada, alcanfor y brisa pegajosa de San Pedrito. La muchacha traía a jalones a Esteban, su hijo de seis años, que lloraba con la fuerza de su todavía inocente estancia en el mundo. *Nos vamos a morir, papá. Nos vamos a morir*, le dijo a su padre, con un nudo en la garganta. El viejo sólo se movió un poco de su adormecedor vaivén, vio el calendario de la Coca Cola y, ese 13 de marzo de 1972 pintado con letras negras no le dijo gran cosa. “Un buque está incendiado, papá. Tenemos que irnos. Pemex va a explotar, ¿sabes cuánto combustible tiene el almaceraje?”, le dijo la joven mientras apretaba la mano de Esteban. “Todos se están yendo para Campos”, le dijo más tranquila al ver el rostro impasible de su padre que, viendo fijamente a su esposa, le dijo con la calma que sólo muchos años bien vividos y bien aprendidos dan: “No, miña. No va a pasar nada; ya verán el modo de contener el fuego” y se volvió a dejar caer en la mecedora rechinona. Mamá Loya, todavía con la franla en las manos, le dijo: “*Miña*, yo creo lo mismo que tu papá. Mira, hemos pasado huracanes, ciclones, temblores y, primero Dios, no pasa nada. Pero si tít te quieres ir con el niño, pues no te lo vamos a negar. Váyanse los dos; yo me quedo con tu padre”. Coty, muy contrariada, se tragó las lágrimas y jaló a Esteban hacia la salida. ¡Pan pasando las señoritas González, para abordar el carro de don Mario, el de la Farmacia: todos se dirigían Campos. En un acceso inexplicable, Coty subió el niño al auto. “Mi amor, todo va a estar bien. Voy a quedarme con los abuelitos; no puedo dejarlos solos; quiero que te portes bien”, y luego de besarlo, cerró la puerta con fuerza, como si un disparo de salida. El auto arrancó y dando la espalda alcanzó a escuchar los llantos del niño que se perdieron entre el ruido del motor del vehículo.

A poca distancia de aquella casa con pórtico de madera, el capitán Leoncio Ucha Mora estaba a punto de tomar la decisión que cambiaría su vida y la de miles de porteños. Con la apostura propia de los hombres de armas, Ucha Mora vio al portentoso Mary Ellen -un buque tanque con capacidad para miles de toneladas- arder en un millar de llamas que, arrebatadas por el viento costero, amenazaban con devorarlo completamente e incendiar con su fragor de muerte la terminal de Petróleos Mexicanos. El murmullo del fuego se escuchaba hasta las orillas de San Pedrito, de donde hombres y mujeres con niños a rastras huían desparvoridos con la frase “¡Vámonos, vámonos!”, “Va explotar, Pemex va a explotar! ¡Vámonos a Campos! El Mary Ellen Conway, de bandera panameña,



había entrado al puerto poco después de la alborada y, alas ocho de la mañana, ya estaba anclado. Hasta ese momento todo transcurría con la soporifera calma de los días previos a la primavera costera: entraron los niños al colegio Miguel Hidalgo, los muchachos a la Secundaria. Tres y decenas de empleados a las tiendas y bancos de la Avenida México. Coty había dejado a su hijo en el colegio y llegó, sin problema alguno, caminando al Ayuntamiento donde trabaja; el recinto con sus puertas abiertas cobijaba a los vendedores de pan, alfajores, tamariños en vaina y tba que casi siempre iniciaban la vendimia en el céntrico punto. El buque, de tripulación italiana, pronto inició maniobras para completar con combustible sus 24 mil toneladas de capacidad; siguieron los protocolos y poco después de las ocho de mañana, estaba unido con mangueras a los depósitos de Pemex. Una de ellas quedó suelta provocando una generosa fuga de gasolina que marcó su estela con dirección al Rompedales. Hasta ese momento ni nadie se habían percatado de la fuga hasta que un pescador, en su andar diurno, encendió un cigarro para espantar la motorra. Sin quitárselo de los labios desplegó dos o tres veces su red, como tentando al destino; tuvo la coronada de que no tendría suerte y se echó para atrás, rumbo a la arena. Volvió a darle varias caladas al tabaco y, cuando la badichita estaba a punto de quemarle los labios, la escupió con furia a las entrañas del espejo de agua que se extendía infinito ante sus ojos. Entonces todo se volvió un cordónazo de fuego que, con pasos agitados, alcanzó al poderoso Mary Ellen todavía ajeno a toda desdicha. Las llamas fueron contundentes y, en pocos minutos, el buque tanque se envolvió en un cegador caleidoscopio de fuego. Ante el avistamiento sonaron las sirenas de los otros; el estrepitoso ulular abrió las puertas de algo muy parecido al inframundo. El peligro era inminente: si el fuego lograba colarse por la manguera conectada a la base de Pemex entonces todo estaría perdido. Miles de manzanillenses perderían la vida de modo casi instantáneo a manos del fuego. Al menos una docena de barcos comenzaron a emitir su guttural clamor y, en segunda, el tren que atravesaba el centro de Manzanillo también se sumó a la alerta con su prolongado sonar. Las alarmas despertaron del letargo soporífero a todos: butrocetas, maestros, vendedores y amas de casa salieron dando tumbos a la calle para ver lo que pasaba. Se encontraron con el Mary Ellen Conway ardiendo y con los gritos demandantes de varios adelantados que gritaban “¡Vámonos a Campos!”, una población a 10 kilómetros del sitio.

Las mujeres fueron por sus hijos a las escuelas cercanas, vehículos particulares sirvieron de caravana para trasladar a familia y vecinos, y con la rapidez que la angustia otorga, varios centenares tomaron el camino a Campos y a Colomos. Muchos iban por su propio pie, apuntando a sus niños y con nada en las manos, sólo el rostro livido y su dando a chorros por el calor y la travesía. Los llantos generalizados de los más pequeños descejaiban aún más las caras de sus padres, curtidas por la ferocidad de la costa. Otros lograron montarse a sus bicicletas y subir en ellas a la mascota de la casa y unas cuantas pertenencias. Varios se volcaron por el rumbo contrario a Campos: buscaron refugio al Oriente en las tranquilas aguas de Santiago con la segura invocación en los labios al santo patrono, vígla de los viajeros.

El calor de las llamas llegaba hasta las orillas del Puerto. Los ferrocarrileros rápido lograron subir a varias personas a uno de los convojes. Estudiantes y maestros de la escuela Primero de Junio fueron llevados hasta Campos y el mismo tren regresó al menos en dos ocasiones para seguir trasladando a pasajeros que, de un momento a otro, veían como familia, amigos y labores podían desaparecer para siempre.

Al menos una docena de hombres, entre trabajadores de Pemex y voluntarios que hicieron alarde de valentía, lograron calzar un tapón a las mangueras para evitar el trasiego

Una historia ajena

Gabriel Araico

Se notaba su ansiedad desde que llegó al bar. No hizo mas que molestar a Adriana todo el tiempo preguntándole por esa amiga que le iba a presentar.

Pero no llegaba y estuvo así, solitario, por un buen rato, hasta que lo vi que escribió algo en un papel luego de que habló con Adriana, y acto seguido, se lanzó sobre mí diciendo que tenía la dirección de ella y que si por favor lo llevaba. Mariana, mi novia, hizo la típica cara de “ni se te ocurra”, lo que me motivó a llevarlo, ya que sus amigos de todos modos son muy aburridos.

Mientras viajábamos en el auto, siguiendo las indicaciones del GPS, noté que venía muy callado, aunque no me sorprendió, ya que por lo general es así, tan sólo comentó que por alguna razón médica no había podido ella llegar. Luego de casi media hora que nos tomó llegar, descubrí que nunca tuvo la ocurrencia de pedirle su teléfono, así que tan sólo llevábamos su

era muy acertada; aun así, me llenó de curiosidad verlo no perder la fe y caminar a lo largo de la calle de ida y vuelta, pasando frente a los señores de luz de las casas, hasta que juntos distinguimos una silueta al fondo. Le apunté con la mirrada y entonces noté aquella presencia. Una hermosa silueta bajo un árbol que apenas se podía distinguir debido a la noche.

Gritó su nombre, y ella afirmó a lo lejos, lo que les hizo caminar para encontrarse a medio camino. Cuando lo hicieron, pude sentir aquella corriente de energía y noté que había sido hechizado al instante con su mirrada.

Nos presenté, y cuando intenté subir al auto, puse seguro a la puerta para que se fuera atrás con ella. Fue una buena idea, ya que venía fascinado de verlo tan obvio, tan cohibido, aprovechando cada segundo a su lado. Sus palabras no salían con facilidad y actuaba errante. Yo veía en silencio mientras conducía, viendo cómo devoraba con la vista su cabello, su cuello y su cuerpo. Y cada vez que ella giraba hacia él, se notaba la felicidad que le provocaba ver sus ojos.

Llegamos de nuevo al bar y Mariana estaba ligeramente enojada después de haberme ido más de una hora del lugar. Yo llevaba una sonrisa en el rostro, así que no le di importancia cuando fuimos de vuelta con sus amigos. Desde su lado seguí el transcurso de aquella

nueva relación, hasta que lo vi apartarse de todos y platicar con ella de esa manera tan interesante.

Preguntó más noche si Mariana y yo íbamos a seguir la fiesta en casa de Adriana, a lo que respondí que no estaba seguro porque ella estaba enojada conmigo, pero antes de dar mayor explicación me detuve e insistí que debíamos ir para que él signiera platicando.

Y cuando se propone a conseguir algo, vaya cara de “ni se te ocurra”, lo que me motivó a llevarlo, ya que sus amigos de todos modos son muy aburridos.

Una vez en la casa de Adriana, trataba de no perderlos de vista, así que en cuanto pude apartarme de mi novia y su grupo, lo hice escapando por una terraza hacia la alberca donde los descubrí; ella sentada en un camastro, apartada, mientras él mostraba algo en el celular, muy probablemente con la excusa de sentarse juntos. Así logró abrazarla; tenía años que no veía tan interesado a mi amigo.



Pinura de Edward Hopper.

Yo a distancia fingía estar escribiendo algún mensaje en mi teléfono cuando notaban mi presencia.

Se escuchaba en el sonido local *¡Doctor! ¡Doctor!* de *Thompson Twins*, canción que sé cuánto le gusta a él, y fue así como por fin pude presentarle ese gran momento que creí no llegaría, porque él nunca se atrevería. ¡Pero llegó! Y de qué manera, creo que yo estaba igual de entusiasmado cuando por fin se acercó a su rostro para darle un beso. Mi corazón latía emocionado al ver algo tan espectacular, tan espontáneo, tan romántico. De lo que se perdió mi novia, nunca se lo va a perdonar. Fue aquel un beso tan apasionado, pero suave a la vez, y luego volvieron cada uno a su posición original. Yo también.

Tras de un largo suspiro que dimos los tres, Mariana comenzó a gritar a lo lejos, así que para no interrumpir aquella velada, preferí marcharme sabiendo que venían momentos inolvidables para ellos aquella noche.

Las bodas de Fígaro

Alberto Llanes

Para lhovan Pineda y la michu.

sí de días, y ya ven, cuando uno tiene hambre hasta a desvariar se enseña.

-Y si cezo a ese gato -le dije a mi hermano.

-¡Sales! -respondió-, para que tengan gatitos -agregó-.

Y creo que no entendió a lo que me refería. En fin.

El escriba o el eterno retorno

Para David Chávez.

Dicen que escribo libros... yo no escribo libros, los libros ya están escritos. Yo sólo escribo letras, de esas letras se forman palabras, las

palabras a su vez hacen frases, las frases se convierten en oraciones con sentido, las oraciones con sentido dan paso a líneas, esas líneas forman párrafos, entonces muchos párrafos se convierten en cuartillas; al conjunto de esas cuartillas se le llama capítulo, al capítulo se le pone nombre y/o número, cuando se tienen varias capítulos se puede decir que es una novela y esa novela es sin duda un libro, interesante o no, ese no es problema mío, porque yo sólo escribo letras, de esas letras se forman palabras, las palabras a su vez hacen frases, las frases se convierten en oraciones con sentido, las oraciones con sentido dan paso a líneas, las líneas forman estrofas, entonces muchas estrofas se convierten en cuartillas; al conjunto de esas cuartillas se le llama poema tal vez, al conjunto de varios poemas se le conoce como plaqueta, a esa plaqueta se le pueden agregar más poemas para que al final todo quede conformado en un poemario y ese poemario será sin duda un libro, interesante o no, ese no es problema mío, porque yo sólo escribo letras.

Una noche, una gata romoneaba por la casa de don Chema, ¿tendrá ganas de gato?, quién sabe, pero llamaba y llamaba al Fígaro, el gato de don Chema.

Sus mugrosos aullidos no hacían más que atraernos a mi hermano y a mi cada vez más el hambre ya de por



La musa de las palmas

La barca de oro

Verónica Zamora Barrios

RCADIO Zúñiga y Tejeda, el trovador poeta contemplaba el horizonte marino. Apenas una ola tocaba la arena cuando ya otra se formaba contentiendo la espuma afrodíaca atribuida al sexo náutiga de Uramo, y del que naciera, claro está, ya mujer, Venus Afroditia.

Zúñiga había amanecido en la playa bebiendo algunas botellas de tinto que sus amigos habían traído de la sensual parisina, y no es que prefiriera aquella sangre de la tierra que ornamenta en forma de fruta la corona de Baco, en lugar del ardiente mezal o el tequila, sino que la oportuna amistad propició aquel paseo marino y la gran fiesta: -Hermann, bebe las últimas gotas de la felicidad- le cominó Juan Pedro Mendoza, un viajero incontentible. Dirás -repuso él-, las gotas de la melancolía... y su mirada volvió a perderse en un horizonte en el que la aurora, rasgaba la oscuridad húmeda y salada. Tenía "la copa triste", como decía el Gran Bardo Dario, tenía aquella vista de iótroia y féino en lucha a muerte con su alma y no dejaba de emborronar charillas con versos que algunas veces eran canciones, tonadillas y otras raudas saetas de poesía.

En fin, amanecía. Arcadio recordaba su infancia en Atoyac, los ojos de su madre doña Boni, dulce y piadosa con sus aretes de topacio brillando como una tenue mirada que fascina: -Los ojos de mi madre, hermano, me persiguen como sus bendiciones. Yo tal vez moriré pronto pero ella estará conmigo- dijo con una trágica sonrisa. Sacó de la camisa de algodón la cajetilla de tabaco rubio y encendió uno para seguir con sus recuerdos. Aquella alborada presagiaba un desdén, una ruptura, un duelo.

Y Arcadio Zúñiga y Tejeda, el poeta, el bohemio que amaba las tertulias, contempló a lo lejos una barca. Regresaban tal vez los pescadores, de una buena madrugada de redes repletas, de una jornada rica. Mas de pronto la luz del astro rey que aún no asomaba su poderío en el horizonte, tocaba la superficie de las cosas; del mar y coloreaba el cielo. A la aurora, doraba pues la húmede barca, le daba una textura de cálidos matices y sí, de oro parecía a la luz de los primeros rayos de aquel día triste, de amor y despedidas.

La barca de oro que transporta a los enamorados a su última isla de olvido. La Barca a la que todos, alguna vez, subimos. "Yo ya me voy al puerto donde se halla, /la barca de oro que debe conducirme./ Yo ya me voy... sólo vengo a despedirme/ adiós, mujer./ adiós para siempre, adiós". Todo el mar entonces cayó ante la voz del bardo que se sumergía en un profundo sueño del que ya no habría de despertar jamás.



Pinceladas de mi tierra colimota

María Isabel Huerta Viera

A Feria, cual regia señora, se viste de gala, se peina de luces, se maquilla con bellos colores, se perfuma con sabrosos olores de frutas y dulces, y baila con música de fuertes sonidos, luego se instala cual reina, y espera a su pueblo. Aunque es añeja, parece joven, cambiando cada año, y sonriendo a la gente, la recibe.

En tropel, contenta y risueña, la gente ingresa por cada una de sus puertas, y entonces, empieza el fandango! Los puestos de frutas y dulces, perfectamente acomodados por diferentes colores y sabores parecen retablos pintados.

Este paseo apenas principia, porque al anochecer los focos estallan en luces multicolores, ofreciendo un espectáculo de fiesta, alegría, y los oídos se atunden mientras escuchamos a los gritones que venden traslitos de cocina y enseres domésticos, y que cada uno a la vez en todos los puestos cumplen al unisono, tratando de llamar a los compradores.

Hay uno que dice micrófono en mano y modulando su voz:

"¡Aquí tenemos seis platos de la mejor calidad, por cien pesos solamente! ¡Noo! –se desdice él solo–, inoo!, le voy a aumentar seis tazas más, ¡y otra más!, ¡lleve también seis cucharas y además yo le voy a regalar una cubeta! ¿Quién dice yo? ¡Aquí la damita quiere un paquete! ¡Otro más! ¡Cien pesos en la mano y la mercancía es suya!". La gente se reúne en torno a este hombre que micrófono en mano los alienta a llevarse el paquete ofrecido. Estos "gritones" proporcionan un animado sabor a Feria pueblena, son parte esencial de la fiesta. Todavía guardan la añoranza del Colima antiguo.

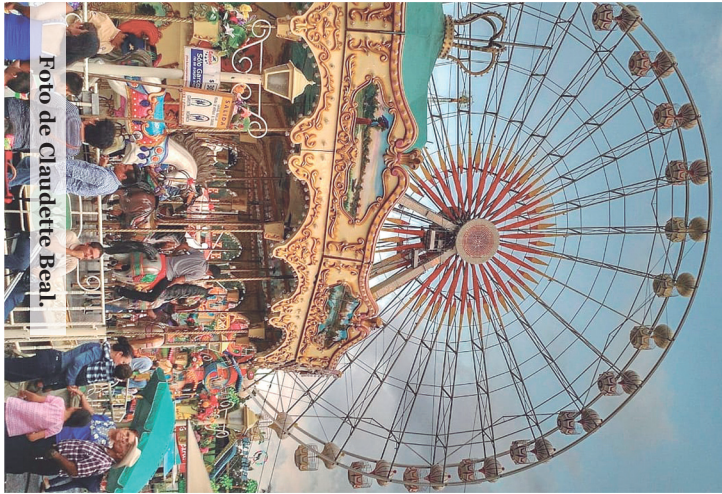


Foto de Claudette Beal.

Del lado opuesto están las vendimias de comida con sus deliciosos platillos y sus exquisitos olores. También los modernos restaurantes con sus conjuntos versátiles que tocan música estridente, formando un ambiente especial de alegría.

Un poco más al oriente está el área de juegos mecánicos. Asombrados, los niños piden a sus papás que los suban al carrusel en donde cabalillos de madera y diferentes animales recien pintados ofrecen a los pequeños, ilusiones y sensaciones que guardarán para siempre como recuerdos del encanto de la Feria.

Hay muchos juegos mecánicos propios para jóvenes y adultos, pero la incomparable rueda de la fortuna forma parte de una tradición del pueblo. Algunos prefieren el horror de la casa de los espantos, en donde se producen emociones fuertes anunciadas como "no apto para cariticos". En este género vienen unas carpas especiales que antes se presentaban como "El espeluznante espectáculo del Hombre Mono", "La mujer serpiente" y "La mujer con cara de niña y cuerpo de araña", y que según decían los anunciadores, éstos habían sido personas como nosotros, pero de tanto

desobedecer a sus padres, ahora tenían características de animales, volviéndose, como castigo, seres repugnantes y horrendos. Además sentenciaban: ¡lámame de los jamasas!, estos monstruos "volvieron a ser de carne, hueso y un pedazo de pescuero". Estos amonitos entraban la piel de los espectadores, pero casi todos pagaban por pasar y ver a estos seres monstruosos castigados por su maldad y perversidad hacia sus padres.

Timidamente se asoman en algunos puestos juguetes hechos de madera que antaño eran los que nos compraban y que son verdaderas obras artesanales netamente mexicanos, que se niegan a desaparecer, algunas personas los aprecian y los compran para sus hijos.

En mi juventud, nuestra Feria, con toda su alegría, se instalaba en un terreno baldío frente a la Zona Militar, contando en las instalaciones con su propio "casino", en donde se disfrutaban las tardes

amenizadas por la Orquesta de Colorado Naranjo. Ya con más amplitud de terreno vinieron las famosas carpas, como "La de Chupamirito", que hacía las delicias de los asistentes, con sus fanoas "Dos tandas por un boleto".

Más atrás, en mis recuerdos y en todos los años de mi niñez, la Feria se establecía en el Jardín Nítez. Todos los "juegos mecánicos" se instalaban en las calles adyacentes a este jardín y así vemos embellecidos a la rueda de la fortuna, al látigo, al martillo, a los cabalitos, a las sillas voladoras, etcétera.

En la periferia de este parque se ponían comercios ambulantes que hacían las delicias de los niños, amas de casa, señores y jóvenes. La llamada cada compraba juguetes, como muñecas de cartón, cabalillos de palo con

cabera de pasta, pintados con colores fuertes y atractivos, baleros, zumbas, joyos, etcétera. Y las mujeres se "suntían" de platos, vasos y bebidas, entre otras cosas, mientras que los señores compraban sombreros, camisas y huaraches, sin faltar las frutas, dulces y alimentos diversos propios de la Feria.

En la glorieta que estaba en el centro del Jardín Nítez, se levantaba una carpa gigante que era el Casino de la Feria. Dentro de ella había mesas con sillas, pista de baile y un lugar especial para la variedad y la música, noche a noche mientras duraba el festejo anual. Las familias colimotas asistían a divertirse y a disfrutar de las orquestas que se presentaban, a bailar o bien a escuchar esta excelente variedad musical, compartiendo una buena cena y diversion sana y fina. Durante este tiempo, el jardín Nítez se transformaba y se vestía de luces, juegos, comida, vendimias y de colimotes extasiados que vivían la Feria de Todos los Santos en su centrico jardín.

del fuego a los tanques de almacenamiento de combustible. Ya era casi el mediodía cuando el coordinador de Puertos, el capitán Leoncio Ucha Mora, pegó un brinco dentro del remolcador Escorpión y, en compañía de marinos y voluntarios, decidieron empujar al Mary Ellen, que cada vez cruzja más, para alejarlo del pozo de combustible. Acercarse al polvorín logró que cada uno de los aventureros invocara a la divinidad. Sujetaron bien las amarras y, como quien lleva una fierra dormida en brazos, dirigieron el buque al centro de la Bahía. La agilidad del militar, conocido por su destreza deportiva, lució entre el humo grisáceo de la combustión. Apenas habían avanzado unos metros cuando las lenguas de fuego se relajieron con el pequeño remolcador que llevaba al capitán y a su gente. Ante la amenaza del fuego que hacía temblar al remolcador, la tripulación se mantuvo incólume: "¡Pronto lo dejaremos en Las Brisas!", gritó Ucha Mora entre el crepitar del fuego y el asombro estoico de los hombres. Justo cuando se situaron en el lugar prometido, poco después del levante, abandonaron a su suerte al Mary Ellen Conway; los vientos céfros se encargaron de arrastrarlo a Playa Azul. Y ahí, entre el plácido oleaje de la zona, ardió toda la tarde y parte de la noche como una gigantesca almena en medio del insondable cuerpo de agua.

Eran las dos de la tarde cuando algunos boquiabiertos, con el labio superior lleno de sudor, avistaron desde su trinchera detrás de las piedras del rompeolas cómo el Escorpión se iba acercando visiblemente chamuscado y roció por el incendio. Ellos se encargaron de dar la buena nueva a los refugiados y corrieron por Madero, México, Bocanegra y Carrillo Puerto pero sus ojos dudaron de lo que veían: bancos, tiendas, peluquerías y canastos de pan estaban abandonados con toda su mercancía expuesta y a merced de cualquiera. En un instante Manzanillo se había convertido en un pueblo fantasma.

Para cuando Ucha Mora pisó tierra en La Perilla ya todo un tropel de porteños se aglutinaban para recibir a la heroica tripulación. Varios de ellos se habían negado a salir huyendo, y con un rosario apunado entre el pecho y la mano, confiaron en su fe. "¿Ya ves, mije? Te dije que no iba a pasar nada, primero Dios que nos cuida", le dijo don Tebo a Coty, quien todavía nervosa abrazaba a doña Lore y no veía la hora en que los vecinos volverían con su pequeño hijo. Entre el sófoco de la tarde y el estupor abonado por las llamas del buque, descendió a tierra el capitán Leoncio Ucha Mora. Jibilo y aplausos abrazaron la llegada del habilidoso militar, quien con la sencillez que siempre lo caracterizó sólo alinó a estrechar algunas manos y esbozar una sonrisa discreta que iluminó su faz morena. Lo acompañaban Alberto Carrizales, don José García Bayardo, Gilberto García Vízcaro, Margarito Isordia, los hermanos Silva Méndez, Salvador Muñoz, David Escalante, y Uvilalido Díaz. Amén de algún valiente que escape al correr del tiempo y de la palabra.

Ucha Mora y su tripulación recibieron un reconocimiento de manos del presidente Luis Echeverría, en una de sus visitas; cuenta la gente que incluso tuvo que enfrentrar una amenaza de cárcel por haber tomado sin permiso al pequeño remolcador, pero la verdad es que luego de ese evento tuvo una vida prolífica dentro de las labores portuarias. Murió lejos de Colima, varias décadas después. Muchos manzanillenses recuerdan ese día como el día en que Manzanillo se quedó solo, con sus tiendas abiertas y "nadie se robó nada". Coty regresó con su familia a la casa de pórtico de madera y Nene, alegre con su verdor, los recibió con un *adonde vas chiquita*.

**Nota del autor. La narración está basada en diferentes lecturas, entrevistas y entrevistas. Contiene elementos ficcionales.*

Nos vamos a morir, papá. Nos vamos a morir, le dijo a su padre, con un nudo en la garganta. El viejo sólo se movió un poco de su adormecedor vaivén, vio el calendario de la Coca Cola y, ese 13 de marzo de 1972 pintado con letras negras no le dijo gran cosa. “Un buque está incendiado, papá. Tenemos que irnos. Pemex va a explotar, ¿sabes cuánto combustible tiene el almacenaje?”

Filippo Tommaso Marinetti

Jaime Obispo Martínez

AS vanguardias históricas están ya bastante identificadas y su cronología es más o menos bien aceptada por convención. Sabemos que lo primero fue el fauvismo, luego el cubismo y de pronto se difumina la génesis de dos grandes categorías: el expresionismo y el arte abstracto. Todas estas corrientes tuvieron que ser investigadas casi arqueológicamente para situarlas y definirlas en el espacio-tiempo. No fue necesario hacer lo mismo con el Futurismo, pues su primer manifiesto puede considerarse prototípico y paradigmático, con la suficiente solidez en su propio tiempo como para rastrear con facilidad la influencia que dejó en adelante.

No obstante, puesto que su origen es literario y no plástico, podría aminorarse su relevancia y alegarse además que es (pictóricamente) un claro desprestigio del cubismo. Pero en vez de comenzar a diluir a esta vanguardia, propongo recordar algunas de sus características, sin omitir el carácter casi ingenuo, tal vez infantil, de sus propuestas.

La culpa de todo es del loco de Filippo Tommaso Marinetti, personajazo de carne y hueso, dueño de un mostaecho al estilo dandy, buyrués hasta la médula y un poco cachetón, siempre elegantísimo, parlachín y exagerado, que publicó en 1009 el Primer Manifiesto Futurista. En su proclama, abjura de las viejas tradiciones y vocifera a favor del amor violento a la velocidad, el dinamo, el motor y todas esas cosas nuevas, maquinarias y robóticas, que la revolución industrial trajo consigo.



He aquí la primera de sus ideas medio infantiloides: los ingleses fueron los primeros en ver las grandes, monstruosas, máquinas a vapor mas de cien años antes que los italianos y no se volvieron locos de amor por ellas, antes bien comenzó en Europa un movimiento romántico, bucólico, inclinado al paisaje campirano imitando por la industria y sus engendros. En contraste, resulta curioso que, muchos años después de haber iniciado el "progreso", la defensa de la ruda y esclavizante estética del capitalismo provino de un italiano hijo de la cultura grecoromana, cuyos ojos eligieron destestar las ruinas del gran imperio romano, pero brillaron deslumbrados con la idea de ver la campaña italiana convertida en sitios de ciudades que ardieran día y noche, ciudades vomitando aliento de fuego, ciudades atiborradas de chimeneas fabriles que sostuvieran con innumerables columnas de humo un cielo

plagado de ruidosos monoplanos. O sea, era un niño grande que se emocionaba con las máquinas. Aunque por otro lado, en este caso, en síntesis, podría sostenerse que Filippo es fundamental para entender el nacimiento de las ciudades distópicas, pantagruélicas, que diseñaron primero los arquitectos futuristas y llevaron a la práctica ecletista policénica de ciencia ficción como Blade Runner. Como ejemplo de esto comparece el edificio de la Estación para trenes y aeroplanos diseñado por Antonio Sant'Elia y el edificio de la Tyrell Corporation, ambos gordos y colosales, ambos bastante parecidos.

¿Que otros rasgos inmaduros tenía Marinetti? Se agarraba a trompas defendiendo sus ideas, propinaba zapas a los críticos y salía corriendo, se batió a duelo de espadas contra Percy Wyndham Lewis, a quien le ganó de milagro, pues no era esgrimista y su rival era experto, creía que la guerra era bonita, pensaba que la mujer debía ser aborrecida porque interrumpía el camino a la formación del "hombre multiplicado", sonreía amablemente cuando le arrojaban jirones podridos, odiaba a los austriacos, etcétera. Todos estos rasgos nos parecen desde nuestra perspectiva actual, síntomas de inmadurez, cuando no de simple

insania mental, pero habría que juzgarlo conforme a su época. Según él, un buen futurista debía ser descortés por lo menos veinte veces al día. Imaginemos a un futurista todo amante de lo incorrecto, soltar botelladas léxicas a placer entre la actual generación "copo de nieve". Una sola de sus frases bastaría para resquebrajar portonekladas y a lo largo y ancho de hectáreas la delicada piel de esta generación plena de sensibilidad. Y esto no es nada, comparado con lo siguiente: era fascista de corazón, amigo de Mussolini. ¡Pecado de pecados! Hoy en día no se puede pasar por persona bienpensante si se coquetea con ideas que proponen hacer daño de cualquier tipo. Filippo Tommaso proponía la guerra como higiene social. Basta eso para dejarlo enterrado y desterrado de la memoria. Y sin embargo sus manifiestos son hermosos. Sus mejores provocaciones están del lado de la cultura y no en su fracasada visión política. Es complicado ahora decir que arte y política son dos cosas que nunca se mezclan cuando sabemos que el poder es un juego omnipotente. El caso de Marinetti puede servir como ejemplo de la degradación que puede causar al artista su cercanía con el poder: todo impetu subversivo de un buen arte termina anquilosado.



Don Manuel Sánchez Silva

La ley del hielo

(17 de noviembre de 1957)

A media noche del 8 de diciembre de 1923 estalló en Colima la revolución de- lahuerista, quedando la ciudad en poder de las fuerzas federales, cuyo jefe de las operaciones en el estado era el pundonoso general de brigada, Isaias Castro, quien desde luego designó un gobernador y comandante militar de la plaza, se hizo cargo de los servicios públicos y, con la mayor parte de los elementos que integraban el 24º Batallón de Línea, personalmente se trasladó a Guadalajara, a entrevistarse con el general Enrique Estrada, jefe de la rebelión en el occidente del país. De ahí pasó a Ocotlán, donde tomó parte activa en los famosos combates sostenidos con las tropas obregonistas, que durante más de tres meses inútilmente se esforzaron en vencer la resistencia de las fuerzas levantadas en armas.

A principios del año de 1924, los generales Lázaro Cárdenas y Paulino Navarro fueron derrotados en Teocuitlán por el general Bueha, resultando el primero herido y hecho prisionero, y el segundo muerto en combate. Cárdenas fue conducido a esta ciudad, donde gracias a la caballerosidad del general Castro y a la generosidad de la filantrópica y famosa hotelera *La Gileria Plaza* sirvió menos su cautiverio y sanó pronto de sus heridas. Castro convino en suprimir toda custodia y vigilancia sobre su prisione- ro, a cambio de la palabra de honor de éste de no intentar fugarse, y la *Gileria*, llevada de su buen corazón, se convirtió en espontánea y eficiente hermana de la caridad, que se hizo cargo del militar lesionado y en financiera siempre pronta a erogar los gastos demandados por su curación.

Era muy joven el general Cárdenas por aquella época y en cuanto se halló restable- cido hizo numerosas amistades, principalmente entre destacados agricultores, pasando con frecuencia amenos fines de semana –con autorización del general Castro– en la hacienda La Guadalupe, de don José Padilla Gómez, y en El Alpuyque, del ingeniero Ignacio Gamiochipi. Por cierto que, en este último lugar, cierto día en que probaba un caballo briso, el animal se asustó con unos cerdos y se disparó inesperadamente, desmontando a su jinete y estrallándolo contra una cerca de piedra, donde el general se produjo una profunda herida en la cabeza, que impuso la necesidad de encamarlo por más de una semana.

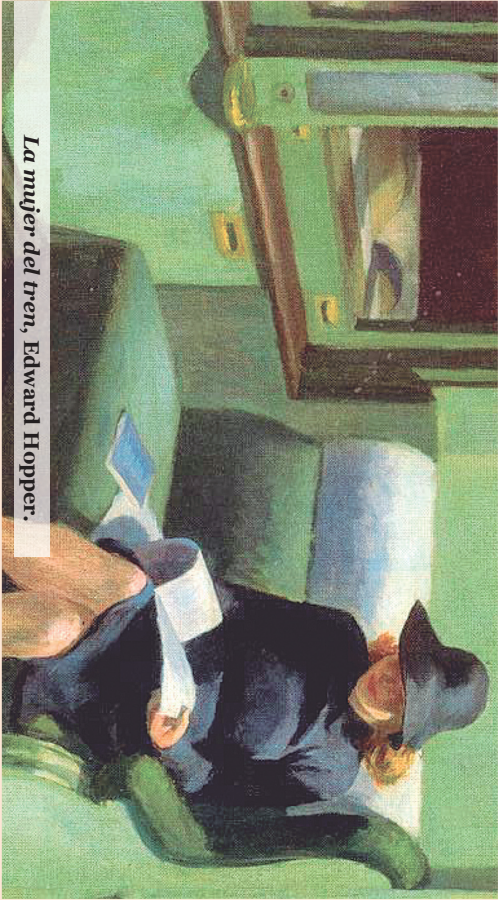
Vivía en una casa de asistencia ubicada en la calle Morelos, y cuando no andaba en sus correrías campestres a las que tan afecto era, se entretenía jugando ajedrez con alguno de sus ya numerosos amigos colimenses.

Por ese tiempo, los esposos Ezequiel Campuzano y doña Rosario Guerra de Campu- zano atendían un hotel denominado “Carabanchel” y la hija menor de ese matrimonio, de nombre Concha, se encontraba en el esplendor de su belleza. Era una muchacha de no más de 18 años, alta, bien formada, morena pálida, pelo negro tirado y facciones singlamente hermosas. No es exageración afirmar, sin detrimento para nadie, que Concha Campuzano fue de las mujeres más atractivas que hayan nacido en Colima en lo que va del siglo.

Desde los días en que el general Cárdenas tenía la ciudad por cárcel, se había iniciado entre él y Concha una amistad cada vez más emotiva y estrecha. Cuando en marzo de 1924 el ejército del general Amaro tomó por fin el puente de Ocotlán y avanzó sobre Guadalajara, desmoronándose el movimiento subversivo y quedando definitivamente eliminado el general Castro, el general Cárdenas recibió su libertad. Fue ascendido al grado inmediato, recibió dinero, automóviles y mando de fuerzas, y esa acumulación de factores venturosos se reflejó en sus sentimientos para Concha, que se acentuaron en interés e intensidad.

Es oportuno intercalar aquí el dramático comentario que se generalizó en todos los sectores sociales en relación con la toma de Ocotlán y que merece ser recogido por

Se insertaron anuncios en los periódicos y se repartieron volantes, invitando al pueblo a concurrir a la estación del ferrocarril para despedir a su gentil embajadora.



La mujer del tren, Edward Hopper.

la historia. Dijose insistentemente que ante la inquebrantable oposición de los de- lahueristas, que día a día estuvieron rechazando los furiosos ataques de las caballerías amarristas, se echó mano del soborno, habiéndose pactado con el coronel Anzaldo la entrega de las fortificaciones, mediante 50 mil pesos que, luego a asegurarse, fueron introducidos en costales maiceros, traídos a Colima y depositados, a título amistoso, con un conocido comerciante de esa localidad.

También se afirmó que siendo el general Castro –por sus antecedentes de dignidad militar y decencia personal – el único obstáculo para la realización del trato, se deter- minó sacrificarlo, y cuatro de sus capitanes decidieron en un juego de dados a quién correspondía eliminarlo. Lo cierto fue que el general resultó muerto una mañana en que inspeccionaba sus trincheras, recibiendo un balazo en la nuca, detalle significativo, puesto que por su baja estatura y lo elevado de los terraplenes quedaba protegido del fuego enemigo.

Al reanudarse el orden y la tranquilidad, tal vez con el propósito de distraer la aten- ción pública de la tragedia vivida en Ocotlán, *El Universal* lanzó la convocatoria para un concurso nacional de la simpatía femenina, consistente en que cada estado eligiera a su embajadora para que lo representara en el gran certamen final que se verificaría en la capital del país.

En Colima, donde la muerte del general Castro fue muy sentida por los afectos de que disfrutaba, la convocatoria no despertó entusiasmos. Bajo la presión del gobierno, se intentó formar comités y hasta se insinuaron como candidaturas viables las de Lupe Fernández y Carmen Mendoza, hermosas damitas locales, pero el propósito no pasó de eso. En cambio, desde un principio surgió la postulación de Concha Campuzano, vigorosamente sostenida por el general Cárdenas y el elemento militar; por supuesto, en el cómputo final triunfó esa candidatura única, que representó una fuerte cantidad de dinero gastado innecesariamente en votos, pues no había contricante.

Llegó el día previsto para que la embajadora de la simpatía tomara el tren rumbo a la capital de la República, para representar a Colima en el concuro nacional. Se insertaron anuncios en los periódicos y se repartieron volantes, invitando al pueblo a concurrir a la estación del ferrocarril para despedir a su gentil embajadora, y únicamente estuvieron presentes los militares y su banda de música, pero ningún colimense.

Semejante descortesía se originó en los rumores que corrían en el sentido de que los sentimientos del general eran significativamente tiernos.

Llegó el momento de partir, la banda dejó escuchar las melancólicas notas de *Las Golondrinas* y Concha subió al tren, que empezó a deslizarse sobre las aceradas para- lelas, en tanto que desde una ventanilla, la bellísima muchacha agitaba su pañuelo en ademán de despedida, mientras en sus negros ojos fulguraba el brillo de las lágrimas.

** Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†*

En estos tiempos

Luis Enrique Arroz

MI hermano está al teléfono. Me habla so- bre Bruce Lee y sobre el Jeet Kune Do. Yo le pongo atención al mismo tiempo que brinco sobre mis puntas como si brincara la cuerda. Me siento torpe. No: soy torpe, y me siento emocionado, alegre. Hay una parte de mí que siempre ha querido ser más fuerte que toda la cobardía que me espera a la vuelta de la esquina. En algún momento de mi infancia comencé a leer libros y dejé de ir al TaeKwondo. No fue una cosa consecuencia de la otra. De hecho, creo que ya leía libros antes y durante mi corta estancia en el TaeKwondo. Pero es también cierto que la ausencia de mi práctica en el arte marcial me permitió mejorar en videojuegos, en el andar en bicicleta y, más ade- lante, en el acto de leer historias. Pero, ¿tienes todo esto que ver con la llamada de mi hermano? Sí: cada que hablo de aprender el arte marcial que practicaba Bruce Lee siento en mi memoria esa profunda astilla que identifico como la primera cobardía. Algo que no menciono porque se me ajusta mejor la esperanza en el olvido.

Mi hermano me dice que debo entrenar al menos seis meses para estar en con- dición. Me dice: vas a correr lo más rápido que puedas durante 10 minutos, luego vas a saltar la cuerda 5 minutos, después ha- rás lagartijas, las que puedas, primero con las manos, luego con los puños y finalmente con los dedos, distribuyelas en partes equitativas, después vas a colgarte de un tubo o una rama horizontal con tus brazos flexionados en 90 grados y vas a levantar tus piernas cuidando de no flexionartas y por último vas a hacer las sentadillas que puedas. Haz las repeticiones que tu cuerpo te permita. Y no descanses entre los ejercicios. Estríra como te enseñé. Hazlas bien, el cuerpo debe moverse con suavidad, como si fuera parte de todo lo que te rodea.



El arte de la conversación, René Magritte.

Asiento y sigo brincando sobre mis puntas. Y luego dice: vas a hacer un día sí y un día no, y el día que no hagas vas a meditar. ¿Meditar?, le pregunto, ¿y cómo medita uno? Yo tenía un método muy sencillo, me dice, te sugiero que encuentres el tuyo. Ah, bueno, digo, y me preparo para terminar la llamada. Adios, hermano, me dice, y recuerda que debes hacer esto durante 6 meses. Luego puedes empezar con el libro.

Y me pregunto, ¿es el colmo practicar artes mar- ciales con un libro? Pero me intriga más pensar en lo que significa la frase: es el colmo.

Así que el primer día hago los ejercicios. No me va tan mal. Y el segundo día me levanto con la idea de meditar. En realidad no quiero saber lo que es meditar, me digo. Voy a encontrar un lugar en donde estar y voy a pensar y nada más. Y si alguien me dice que estoy mal, que lo que debo hacer es vaciarme o

algo por el estilo, les hablaré con groserías. Les dire: oye, tú, quién te crees para forzarame un método para meditar. Eh, quién. Y si eres quien, te pido que me dejes salir con alegría de mi ignorancia. Que así nos va bien a los dos. Que yo medito de una forma poco convencional porque sé que es poco efectiva. Así con mis métodos. Ya qué.

Entonces, tomo un termo de café y lo lleno, echo un cadernmo que yo fabríqué en un morral y salgo a las 8 de la mañana a meditar. Me dirijo a un parque que no es un parque. Hay unos juegos, pero todo está mal planeado. Hay negocios cerrados, el sol me pega en los pies y me agrada la sensación del sol. Respiro y tomo café. Veo lo que pasa en las mañanas y me da por pensar que mi vida es genial, pero luego me convenzo de que no es así, que, de hecho, es un tanto desesperada, pero que tiene sus brotes de alegría. Estoy en ese parque que no es parque, pero tiene jue- gos infantiles, pensando y tomando café y moviendo mis pies entre el calor que me regalan los rayos del sol, cuando escucho que alguien barre la banqueta. Y pienso, estos tipos me siguen. Los barrederos. Pero sé que a mí no me sigue nadie, que al contra- rio, yo quiero seguir a mucha gente, pero

en el trayecto suelo desmotivarme muy pronto. Tal vez, algún día, me digo, tenga la voluntad de conocer a uno de ellos (hablo de los barrederos y su secta amable y atormentada) para hacerme su amigo. Pero hoy no puedo ser amigo de nadie por- que estoy meditando.

Veo que el hom- bre lleva una gora de un equipo de fútbol, y pienso que me vale el fútbol, siempre y cuando no lo vea. La televisión es un in- vento genial. Le doy un trago a mi café. El

hombre barre y se agacha para recoger la basura que acumula en montículos por aquí y por allá. Un collar se asoma por la abertura que hay en su escote. Me pregunto si la palabra escote requiere de la volup- tuosidad de un par de senos para cumplir su función. Y veo claramente que el hombre no tiene senos, o los tiene pero planos. Luego me intriga el collar, que es dorado y tiene algo grabado en el centro. ¿Es la virgen de Guadalupe?, me pregunto. A lo mejor es de un equipo de fútbol. A lo mejor el equipo de fútbol tiene el valor de la virgen de Guadalupe en la jerarquía de fe que domina la vida de este hombre. El barry y yo medito. Por alguna razón, acepto que el me lleva la delantera. A lo mejor es el parque o la forma con que sacude el polvo que nos aqueja por igual. A lo mejor es el café o mi forma de meditar. Algo está por cambiar, pero bueno, hasta ahora así nos va.

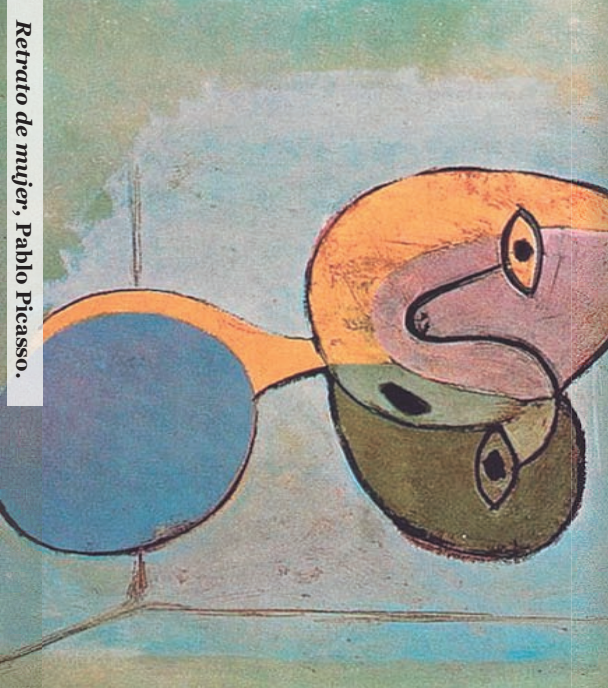
Pídele al cielo que llueva

Miguel Ángel León Govea

A ver si todavía tienes fuerzas de poner tu barquito y verlo hundirse. Pídele al cielo que llueva: a ver si te contesta tu llanto.

Siento en los labios tu nombre...

Guillermo García



Retrato de mujer, Pablo Picasso.

Siento en los labios tu nombre En leche Donde se vierten las estrellas En que tira el tiempo.

Madre Y mi cuerpo Mapa topográfico de soledad Desciende cayendo Entre las manos de los siglos Que no me tocan. Tengo la carne blanda